

inclinado á admitir con Hartmann un fantasma para todos aquellos que creen en fantasmas; hasta Poisson, ese matemático tan perspicaz, dice tratando este punto: «Cuando hemos observado un hecho que, en y por sí, no tiene más que una remotísima probabilidad y presenta algo de simétrico é interesante, somos naturalmente dados á pensar que esto no es un efecto del azar ó, más generalmente, de una causa que le diera ese remoto grado de probabilidad, sino que proviene de una causa más poderosa, tal como, por ejemplo, la voluntad de algún sér impulsado por una intención determinada»; aquí la cuestión está discutida con una generalidad tan matemática que se comprende, bajo una misma expresión, el error muy natural del salvaje, atribuyendo el hecho á un fantasma y la conclusión lógica del que ha recibido una instrucción científica; no obstante, á pesar de todas las tentaciones, la analogía no decidirá á este último á tomar en consideración «seres» que no le son dados como seres, obrando conforme á su fin como el hombre y los animales superiores; puede extender más lejos sus reflexiones y llegar á una finalidad en el universo; pero ningún hecho aislado *a priori*, de una combinación por notable que sea, le llevará á admitir la intervención mística de un «sér» que no le es representado.

46.—No será preciso destruir en nuestros lectores la ilusión que les hiciera buscar en la *Filosofía de lo inconsciente* «resultados especulativos obtenidos por el método inductivo conforme á la ciencia de la naturaleza»; difícilmente se hallaría en la actualidad otra obra donde los materiales de las ciencias naturales reunidos de prisa y corriendo, estén en oposición tan flagrante con todos los principios esenciales del método científico.

NOTAS DE LA TERCERA PARTE

1.—Véanse, entre otros, los párrafos siguientes: «El hombre, pudiendo tener su representación del yo, se eleva infinitamente sobre todos los demás seres que viven en la tierra; por ello es persona y, en virtud de la unidad de la conciencia y á pesar de todos los cambios que puedan ocurrirle, una sola y misma persona, es decir, un sér completamente distinto, por su rango y dignidad, de los animales desprovistos de razón, de los cuales se puede disponer á voluntad». «El primer cuidado de la naturaleza ha sido conservar al hombre como animal (á él y á su especie), y de ahí la actitud (que fué la del cuadrúpedo) más conforme con su estructura interna, en la protección contra los peligros; pero como había en él un germen de razón, y este germen desarrollado le destinaba á vivir en sociedad, el hombre se habituó á marchar en bípedo, actitud más en relación con dicho objeto; con esto adquirió una gran superioridad sobre todos los animales, pero en cambio, tuvo que aceptar todos los inconvenientes que para él resultaban de llevar orgullosamente levantada la cabeza sobre sus antiguos camaradas.»

2.—«Aunque las osamentas del *elephas meridionalis* encontradas por Desnoyers en la capa de arena terciaria del valle del Somme, presentan entalladuras manifiestas, no tienen más que un valor dudoso después de haber demostrado Lyell que tales entalladuras las producen también ciertos roedores; sin embargo, las entalladuras que el abate Delaunay ha comprobado en dos costillas del *haliterium*, vaca marina de la formación terciaria más reciente, no se ha podido referir á tiempos posteriores, y pertenecen á la época en que esos animales no estaban aún petrificados.»

3.—Según la teoría de Adhemar, los hemisferios boreal y austral reciben del sol cantidades de calor iguales, pero no las conservan igualmente, porque el hemisferio austral tiene mayor número de horas nocturnas (acompañadas de radiación); una vez concedi-

la esta diferencia, se deducen los cambios de estado de ambos hemisferios en el período conocido de 21.000 años próximamente; en cuanto á los efectos climatológicos de las variaciones de la excentricidad de la eclíptica, el cálculo del tiempo se eleva á un millón de años, de donde resultan dos períodos de frío extremo, de los cuales el uno (preferido por Lyell) se habría verificado hace cerca de 800.000 años, y el otro solamente 200.000 antes de nuestra época.

4.—Un utensilio completamente semejante encontró el profesor Fraas en Hohlenfels.

5.—¿Conocieron el fuego todos los pueblos remotos, de los cuales encontramos algún vestigio? Es dudoso, en atención á que aun en los tiempos modernos se han encontrado pueblos salvajes que no le conocían; pero en Europa hallamos huellas del fuego, no sólo entre los más antiguos palafitas y en los montones de valvas designados con el epíteto de «restos de cocina», sino también en diferentes cavernas como las de Aurignac, donde al lado del carbón y las cenizas se encuentran piedras enrojadas por las llamas, que debieron formar parte del hogar.

6.—Kant ha observado que ningún animal, fuera del hombre, tiene la costumbre de lanzar gritos cuando nace á la vida; piensa que en el crigen estos gritos denunciadores que atraen al enemigo no han debido existir en el hombre y que datan de la época de la vida doméstica, aunque ignoramos por qué concurso de circunstancias la naturaleza ha producido semejante desarrollo: «este pensamiento, añade Kant, nos conduce á preguntarnos si á este segundo período, después de grandes revoluciones en la naturaleza, no podría seguir un tercero *en el cual un orangután ó un chimpancé transformarían los órganos de la marcha, el tacto y la palabra en la organización de un hombre cuyo interior encerraría un órgano para uso del entendimiento y que se desarrollaría poco á poco por la cultura social.*

7.—Cabe preguntar para qué ha podido servir, en un estado de cultura tan atrasado, un cerebro humano completamente desarrollado, ó para qué le podría servir en la actualidad á un indigena de la Australia ó de la Tierra del Fuego; Wallace ha utilizado este pensamiento á fin de hacer probables, para el desarrollo del hombre, condiciones especiales que le separarían de toda la serie animal. El cerebro no sirve, como se creyó en otro tiempo, únicamente para las funciones superiores de la inteligencia; es un aparato de coordi-

nación para los movimientos más diversos; ¡que cualquiera imagine qué masa de centro de coordinación y caminos de comunicación exigen sólo el lenguaje y la asociación de los sonidos del lenguaje con las sensaciones más diversas! Una vez dado este aparato tan complicado, la diferencia entre las más elevadas funciones del pensamiento del filósofo ó del poeta con el pensamiento del salvaje, pueden descansar en diferencias muy sutiles que, en parte, nunca podrán comprobarse en el cerebro, porque son de una naturaleza más bien funcional que substancial. ¿Cómo explicar (sin hablar aquí del salvaje y del hombre primitivo), la estructura igual del cerebro en el aldeano pobre é inculto y su hijo pletórico de inteligencia y de cultura científica? Es muy dudoso que la gran mayoría de los hombres civilizados ejerzan funciones intelectuales mucho más complicadas que los salvajes; aquellos que no inventan cosa alguna, que nada perfeccionan y, limitados á su oficio, se dejan llevar rutinaria é inconscientemente en la gran corriente de la vida, apenas si conocen una mínima parte del variado mecanismo de la civilización moderna; la locomotora y el telégrafo, la predicción de un eclipse de sol en el calendario y la existencia de grandes bibliotecas conteniendo centenares de miles de libros, les parecen las cosas más naturales, sin que provoquen en ellos más amplias reflexiones.

8.—En Thaingen se encontró, entre otras cosas, un asta de reno, en la que se veía el esbozo de un reno con «una delicadeza de formas y tan fina ejecución» que le colocan sobre todos los dibujos encontrados hasta aquí en el Mediodía de Francia.

9.—Irámos demasiado lejos si profundizásemos en este lugar la cuestión tan controvertida del origen del lenguaje; contentémonos con decir que la tentativa hecha para encontrar en un factor cualquiera del lenguaje, por ejemplo, en la formación de raíces significativas, una diferencia absoluta entre el hombre y el animal, debe desecharse tan completamente como cualquiera otra demostración de semejantes diferencias reputadas absolutas; tomados uno á uno todos los factores de la existencia del hombre y de la cultura humana, son de una naturaleza general; pero como cada carácter especial, claramente acusado, tiene en su estabilidad algo de absoluto, se puede decir que existe un adiferencia *absoluta* entre el hombre y los animales en la manera especial con que todas las diferencias relativas concurren á producir una forma particular;

naturalmente, en este sentido, las especies animales poseen también la misma propiedad absoluta de la forma, lo que en modo alguno implica la invariabilidad en sí; no obstante, en el hombre ese carácter adquiere una superior importancia, no desde el punto de vista de la historia natural, sino desde el punto de vista moral, y esto basta para establecer la diferencia entre lo espiritual y lo «animal».

10.—Precisamente de este caso, en que se obtuvo un buen resultado de cruzamiento artificial, se quiso hacer un argumento en favor de la invariabilidad de las especies.

11.—La «descendencia simía» sólo adquiere naturalmente su aspecto desagradable, para la refutación popular del darwinismo, cuando se establece la comparación con las especies de monos que hoy existen, que es como se ha formado la representación popular de la esencia del mono. Poco importa, pues, que esta forma del extinguido tronco sea ó no designada zoológicamente con el nombre de «mono», puesto que en todo caso tenía cualidades muy distintas de las que tienen los monos actuales. Schmidt dice á este propósito: «En su desarrollo, los monos antropomorfos se han desviado de los antepasados humanos más próximos, y el hombre no puede ya transformarse en gorila como tampoco la ardilla en rata...»

12.—A decir verdad, aquí la idea de reducir la actividad del espíritu á la actividad refleja se halla todavía unida á la distinción insostenible de un «órgano de la representación» y de un «órgano de la voluntad». Wundt, que no sólo ha concebido, sino también realizado brillantemente una «psicología fisiológica», demuestra de un modo claro la completa analogía entre los «reflejos compuestos del cerebro» y los de la médula espinal.

13.—No estamos en modo alguno dispuestos á considerar el reflejo como lo que responde objetivamente á la sensación (subjetivo); esta última correspondería más bien á la resistencia á que el reflejo debe someterse en el órgano central, de suerte que sería preciso admitir tanta menos sensación cuanto el curso del reflejo está menos obstruido; si el reflejo es detenido por un centro superior, habrá que admitir que el lugar donde se produce la sensación se transfiere al centro superior, y acaso, en un animal completo, de cerebro desarrollado, una sensación clara y distinta sólo se efectúa en el cerebro, mientras que los hechos de sensación de los centros subordinados no contribuyen más que á la armonía del sen-

timiento común; aquí se presenta la difícilísima cuestión de la conciencia; porque es evidente que no se puede indicar grado alguno preciso de un estado de excitación física en una parte cualquiera de los órganos centrales, que sería en sí y necesariamente referida á la conciencia; parece, por el contrario, que la entrada de un estado de excitación en la conciencia depende siempre de una relación entre las fuerzas de todas las excitaciones pertenecientes á la esfera de la sensación y existiendo al mismo tiempo; así el mismo fenómeno físico pudiera efectuarse exactamente con el mismo efecto reflejo, una vez de un modo consciente y otra vez de una manera inconsciente; esto es de notar también para la teoría de las representaciones «latentes» ó «inconscientes», en las que todavía reina tanta incertidumbre; no se trata de una «conciencia inconsciente», sino del juego inconsciente del mismo mecanismo que, en otro estado de conjunto, se refiere al efecto subjetivo de una representación determinada; que en este caso haya representaciones latentes, esto es el a b c de toda psicología empírica, y un examen riguroso debe comprobar que no sólo actos dirigiéndose á un fin, aunque inconsciente sino también hechos de asociación de la especie más variada resultan de ese mismo juego del mecanismo, que está en conexión con la representación en otro estado de conjunto del cerebro.

14.—Aquí viene un principio muy importante, y es que un estado débil de irritación, que existe ya en un nervio, aumenta la irritabilidad del nervio por una nueva excitación.

15.—No damos aquí una «explicación» del hecho físico, sino solamente hacemos la indicación de la posibilidad de una explicación para quien pudiese encontrar «evidente» que la cosa pasase de otro modo; el fundamento real del principio de la conservación de la energía está, según nuestra teoría, lógicamente construido de punta á cabo y su naturaleza es *axiomática* como principio del encañamiento del mundo de los fenómenos; en cuanto á la «refutación del materialismo», es preciso sacarla en parte de las fuentes más profundas de la teoría del conocimiento, como ya lo indicamos anteriormente á propósito de Du Bois Reymond.

16.—Cornelius ha intentado una refutación que, á pesar del tono altanero del autor, me parece que no tiene réplica; una comparación tranquila é imparcial de los argumentos en pro y en contra bastaría para demostrar que la psicología matemática es insostenible.

17.—La teoría del «sentido interno» tiene sus raíces en las reflexiones de Aristóteles sobre la percepción de las percepciones y fué desarrollada por Galeno, quien le asigna la tarea de conocer con conciencia el material suministrado por los sentidos, obtener otros conocimientos por reunión ó separación y conservarlos para darlos á la conciencia por la memoria. A estos tres sentidos internos fueron asignados órganos cerebrales particulares en las partes anterior, central y posterior de la cabeza; por encima de ellos, como siendo de naturaleza esencialmente distinta, está colocada la razón; dicha teoría estuvo en boga hasta Descartes, que abandonó la base galena y estableció otra clasificación, muchas veces confundida después con las tradiciones de un sentido externo y de otro interno. En efecto: según Descartes, los sentidos no suministran al cerebro más que imágenes corporales de las cosas, imágenes que son percibidas por el alma; este antropomorfismo de una increíble ingenuidad, que instala sencillamente un hombre dentro de otro hombre, se junta á una abstracción no menos ingenua: las imágenes corporales de las cosas en el cerebro son extensas; pero su «percepción» por el alma es un acto del pensamiento en el sentido más lato, es decir, un acto sin extensión de un sér inextenso; así el objeto de la representación, que es, no obstante, y á decir verdad, el objeto que llena nuestra conciencia, se destaca arbitraria y absurdamente del acto de la representación; sólo así se hace posible el pensamiento puramente inmaterial y sin extensión en el espacio, cuya teoría se prolonga al través de toda la filosofía moderna (la más viva oposición contra ese fantasma se encuentra en Berkeley) y se habla de las «representaciones» del alma con una singular ingenuidad, como si abrazasen el contenido del pensamiento, que es la única cosa esencial; pero desde que se trata de afirmar la no extensión del alma, se concibe de nuevo la representación como un simple acto de la facultad de representar, es decir, como algo que, destacado del objeto representado, es una pura nada; Leibnitz nos da después la distinción entre la «percepción» (en Descartes es la percepción del alma) y la «apercepción» que es la comprensión consciente del objeto por el alma; á su vez esta distinción fué confundida en la tradición con el «sentido interno», y el «sentido externo» aunque Leibnitz no se haya preocupado en modo alguno de la teoría del sentido interno. Por lo demás, ni Wolff, ni Bilfinger, ni los demás sucesores eminentes han tratado expresamente de esta teoría;

sin embargo, Wolff habla en su *Psicología racional* de un «acumen» interno y externo del sentido, y entiende por esta palabra la penetración dada por una causa interna ó externa á la facultad de percibir por los sentidos; es, pues, una nueva distinción completamente distinta de las otras. Tetens se lamenta de que Wolff no utilice el concepto del sentido interno; este mismo, acercándose á la «reflexión» de Locke, llama (por oposición á «sensación») «representaciones del sentido interno» las «que tenemos de nosotros mismos, de nuestras modificaciones internas, de nuestras facultades y de nuestro entendimiento». Kant parece haber introducido el «sentido interno» por el mismo motivo que le hizo conceder en general á los conceptos de la psicología y de la lógica tradicionales una influencia tan vasta y decisiva sobre su sistema; creía, en efecto, encontrar en la red de los antiguos conceptos, y en cierto modo experimentados, una garantía en favor de la integridad de los fenómenos estudiados; para él la cosa esencial en todo era, no la teoría, sino la clasificación tradicional; esto es lo que prueba por la libertad y también por la reserva de sus definiciones, que se ligan lo menos posible á los conceptos tradicionales y sólo se encaminan á una limitación de la materia, no prejuzgando nada sin necesidad. Según Cohen, Kant admite el sentido interno para refutar el «idealismo material» precisamente en el terreno donde busca su principal apoyo y para elevar al dogma de la substancia del alma su fundamento esencial; así es que Kant declara expresamente, ó que no es posible admitir del todo sentido interno, ó que el sujeto que es el objeto debe ser un fenómeno como los objetos del sentido externo. No examinaremos hasta qué punto, según Cohen, estaba ya Kant en camino de una sana psicología que transformaba las «facultades» en procesos; en todo caso, el efecto inmediato de la hipótesis del «sentido interno» ha sido importuno y ha conducido á error; también se puede afirmar que la deducción trascendental del tiempo, en conexión con la teoría del «sentido interno», está muy lejos de ofrecer la misma evidencia que la del espacio, estando expuesta á las más graves objeciones.

18.—Se puede confesar espontáneamente que en estos últimos tiempos la observación de los fenómenos que se llaman «internos» ha hecho grandes progresos y prestado útiles servicios, no sólo para los fisiólogos, sino también para cuantos trabajan en fundar una psicología empírica, tal como la disertación de Stumpf sobre la re-

presentación de las superficies suministradas por el sentido de la vista; es fácil, sin embargo, comprobar que el procedimiento es absolutamente el mismo que en la observación externa, y que esta especie de «observación de sí mismo», si se quiere emplear dicha expresión, se extiende rigurosamente tan lejos como la imaginación, cuyas funciones tienen tan estrecha afinidad con las funciones de la percepción externa. Brentano adopta por completo nuestra crítica de la «observación de sí mismo», según el método de Fortlage; pero pretende que, extraviado en este terreno, no tengo razón en negar la «percepción» interna y, por tanto, el «sentido interno»; dice que no se puede nunca prestar una atención inmediata á los hechos psíquicos ni, por consecuencia, «observarlos», pero se les puede «percibir», y, por medio de la memoria, someter esta percepción á un examen riguroso.

19.—En este terreno, desde que publiqué la primera edición de este libro, la ciencia ha progresado bastante; tenemos el ensayo de Bert sobre las impresiones luminosas en los *cipris*, que parece demostrar que para estos animales, como para el hombre, los mismos rayos producen exactamente la misma sensación de luz; las investigaciones de Eimer y de Schæbl sobre los órganos del tacto en el hocico del topo y en el interior del oído de los ratones, donde se reconcentra tan gran abundancia de aparatos del tacto que nos vemos precisados á imaginar la sensibilidad y la función de dichos órganos de un modo muy diferente bajo la relación específica de lo que llamamos sanción del tacto. Wundt, por su parte, dice: «es preciso admitir que puede haber organismos en los que la disposición, que existe sólo como aptitud en el hombre, á una continuidad de las sensaciones del olfato y del gusto, haya llegado á un desarrollo positivo, así como verosímilmente existen organismos en los que falta la continuidad que posee el hombre en las sensaciones del oído y de la vista, de tal modo que, en vez de esto, no se encuentren más que variedades de sensaciones discretas.»

20.—Bastían se ha dejado arrastrar á una oposición excesivamente dura contra el darwinismo, lo que, sin embargo, no disminuye el valor de su idea fundamental: no explicar las analogías del estado intelectual de los pueblos, y principalmente las de sus tradiciones mitológicas, más que por la similitud de sus facultades psicológicas, que deben necesariamente venir á parar en esas ficcio-

nes análogas y homogéneas de la superstición y de la tradición legendaria.

21.—En esas investigaciones innovadoras, Drosbisch ha dado, en primer término, un notable ejemplo de la aplicación del método numérico á la filología, y ha suministrado después la prueba psicológicamente, sin importarle el que en la prosa como en la poesía se produzcan regularidades, de cuya aparición no tienen conciencia alguna los escritores. Lo que subjetivamente aparece como tacto, sentimiento, gesto, se muestra objetivamente como un instinto de perfeccionamiento que obedece á leyes determinadas; por ahí, entre otros resultados, se proyecta una luz nueva sobre las numerosas «leyes» métricas que después de las investigaciones de Ritschl sobre Plauto se han descubierto en los poetas latinos.

22.—«Bajo su aspecto subjetivo, la psicología es una ciencia completamente única, independiente de todas las demás, á las que se opone por antítesis.» Spencer.

23.—«Una modificación de la sensación, claramente acusada, un aumento de bienestar ó de sufrimiento se producen, según que la temperatura se eleva 10, 20 ó 30 grados; así, en todos los casos, hay una equivalencia sensacional, como el alcohol, los olores, la música, etc., etc.» Bain.

24.—Se ha intentado recientemente (Stumpf, Brentano, etc.) eliminar de la psicología las representaciones «inconscientes» ó «latentes»; si se apoyasen en Lotze, no tendríamos objeción que hacer, porque este último admite expresamente que las representaciones están ligadas á funciones del cerebro que, aun sin despertar la conciencia, toman, sin embargo, parte en el curso de nuestros pensamientos. No obstante, Lotze atribuye las asociaciones, no á la fisiología, sino á una «psicología metafísica»; en esto comete una inconsecuencia que un poco de reflexión hubiera hecho desaparecer fácilmente; lo demás es pura logomaquia; pero ciertamente Brentano cae en un error material cuando espera salir del paso con representaciones primitivamente conscientes ya olvidadas. Goethe (de quien Brentano utiliza la vulgaridad de que un talento extraordinario no es más que una ligera desviación de un talento ordinario, para establecer el trabajo inconsciente del genio), Goethe se ha expresado con tanta frecuencia y claridad sobre los procesos conscientes de donde nace la producción artística, que hay que aceptar su testimonio como decisivo; más ó menos se encuentra en cada artista.

25.—El materialismo moral no tiene apenas derecho á convertir en ciencia específicamente materialista la estática moral á causa de su oposición al libre albedrío, como lo prueba el hecho interesante de que el mejor trabajo hasta aquí publicado sobre la estática moral, es de un teólogo que trata de establecer su ética cristiana sobre ese fundamento empírico.

26.—La demostración especial de los puntos aquí indicados debieran ser más profundos, para dispensar al lector, hasta cierto punto, el acudir á otras fuentes; pero esto nos hubiera llevado demasiado lejos.

27.—Que esto no es cosa del todo indiferente, como dije en la primera edición, me lo demuestra principalmente el modo con que los kantianos modernos se obstinan en hablar de la organización espiritual, lo que hace surgir la idea de que ésta es algo muy particular; por el contrario, es mucho más exacto, aun conforme á la opinión de Kant, no ver en esta organización «espiritual» más que el lado trascendente de la organización física tal como se nos aparece la «cosa en sí del cerebro», como Ueberweg acostumbra á decir.

28.—El mérito relativo y didáctico de la teoría Müller-Ueberweg aquí expuesta, no puede siquiera disminuir por la nueva evolución que Stumpf ha tratado de imprimir á la teoría de la proyección; Stumpf me acusa sin razón de aprobar en absoluto la teoría de Ueberweg; respecto á éste, aquél comienza suponiendo que Ueberweg no ha parado la atención en la diferencia entre «representar algo como encontrándose á distancia» y «tener su representación de esta distancia ó representársela como encontrándose á dicha distancia». No hay que tratar á Ueberweg de un modo tan ligero, porque su concepción del mundo, á pesar de lo extraño del conjunto, está perfectamente combinada en todas sus partes. La misma cuestión de ¿qué quiere decir en realidad representarse algo como situado á distancia? puede ser considerada como el punto de partida de sus construcciones psicológicas, porque Ueberweg encuentra que estas palabras no tienen sentido á menos de no imaginárselas, lejanamente siquiera, como una cosa igualmente sensible; según él, la segunda proposición es sólo clara y exacta; la primera se apoya en la ilusión escolástica-cartesiana de una representación separable de su contenido. La manera con que Stumpf trata la imagen de la placa de una cámara obscura admitida por Ueberweg, descansa

también en un error completo; naturalmente, la imagen de la placa no abraza más que su aparición externa, como percibimos por lo exterior un hombre en cuyo cerebro no pueden penetrar nuestras miradas; llegar hasta identificar la imagen con el «yo» verdadero de la placa, es lo que no puede pensar quien sea justo con la opinión de Ueberweg.

29.—Ueberweg ha contestado á esta crítica. En lo que concierne á la *realidad del tiempo*, observa que (en el sentido de nuestra crítica) no tendría razón en transferir el tiempo á otros seres, si era una simple forma de intuición, sino que es una «realidad psíquica» porque concebimos tales como son las imágenes psíquicas que se hallan presentes á nosotros; pero la «concepción» es ya un nuevo proceso psíquico, en el cual lo que se concibe no puede quedar sin modificación; ahora bien, en general la representación del tiempo parece no manifestarse más que en las imágenes psíquicas secundarias; en la intuición simple, entera y espontánea (hasta de objetos en movimiento, como nubes que pasan, un río que corre, etc.), no encuentro la menor conciencia de tiempo, pero si nos atenemos al simple hecho de que tenemos la representación del tiempo y que, por lo tanto, la representación del tiempo está realmente en nosotros, el tiempo no tiene, bajo esta relación, la menor ventaja sobre el espacio, y es imposible dar por analogía juicio alguno acerca de los demás seres en general, sino sólo, como lo admitía Kant, sobre los otros seres que están formados como nosotros para el conocimiento. La demostración de Ueberweg relativa á la realidad trascendente del espacio en tres dimensiones, descansa completamente sobre la aserción de que un conocimiento matemático de los objetos no sería posible, como lo es para nosotros (por ejemplo en astronomía), si el número de las dimensiones del mundo que existen en sí no concordasen con el del mundo de los fenómenos.

30.—Las aserciones aquí enunciadas sobre la posibilidad de las representaciones del espacio, con más ó menos de tres dimensiones, están tomadas sin modificación alguna de la primera edición, y son, por lo tanto, anteriores á las especulaciones «matemáticas» de Helmholtz y Riemann, que tanta sensación han causado.

31.—Observa Brentano, respecto á la aserción precitada sobre el razonamiento del ojo en los fenómenos de la mancha ciega, que no ve mucho si me dispongo á reconocer un «proceso intermedio» análogo al razonamiento consciente; la cosa no parece tan sencilla;

el procedimiento consciente diría: todas las veces que tengo los fenómenos parciales X, X¹, X²..., es preciso que tenga ante mí una superficie proporcional; ahora bien, los fenómenos X, X¹, X²... me son dados, luego tengo ante mí una superficie proporcional; el proceso fisiológico correspondiente sería que (gracias á los caminos de transmisión establecidos), siguiendo el hábito de la excitación de ciertas partes del cerebro por X, X¹, X²... resulte cada vez la representación de una superficie (es decir, las condiciones mecánicas de la síntesis en la representación de una superficie); así, pues, cuando se manifiesten los fenómenos X, X¹, X²..., seguirá inmediatamente, si se quiere, la representación de una superficie en el caso concreto; en otros términos: lo «intermediario» consiste, sencillamente, en que el caso especial de la menor se encuentra con el mecanismo ya completo de la mayor; así el razonamiento final, la vista de las superficies, se produce por sí misma.

NOTAS DE LA CUARTA PARTE

1.—Se puede dudar con Lexis de que Adam Smith haya empleado conscientemente el método de abstracción, cuando en una obra da por móvil al hombre el egoísmo y en otra la simpatía; Buckle, que entra en detalles para establecer esta opinión, encuentra este procedimiento preferible á la inducción, que toma los hechos por punto de partida; simplificando los principios, se facilita el empleo del procedimiento deductivo, y el defecto de un punto de vista único puede corregirse por la aplicación de principios diferentes tomados como puntos de partida, de tal modo que la realidad se compondría de las influencias que la *Teoría moral* hace surgir de la simpatía, y de las que la *Riqueza de las naciones* hace provenir del egoísmo. En contra de esta opinión de Buckle observa Lexis, con razón, que no se pueden adicionar ni substraer los móviles humanos, pero que su concurso les hace otros de lo que son por sí en realidad; Smith no se ha ocupado de esta cuestión metodológica, aunque bien se puede ver entre líneas, en su *Teoría moral*, que, en el fondo, los actos humanos son egoístas, modificados únicamente por la influencia de la simpatía; en la *Riqueza de las naciones* el terreno cultivado por Smith es tal, que, según su opinión, los efectos directos de la simpatía son equivalentes á cero, y sólo son tomados en consideración los efectos indirectos, es decir, la protección del derecho por el estado.

2.—Se pueden dividir en dos clases la gran masa de los economistas alemanes, según sus tendencias y la manera de aplicar el método científico; aquellos que rinden culto á la deducción (sin saber que está fundada en la abstracción) y aquellos que evitan la abstracción queriendo tomar la realidad por punto de partida (aunque sin saber palabra del método inductivo).

3.—En cuanto á la fábula de *Las abejas* de Mandeville, véase el tomo primero; aquí citaré el juicio tan moderado, que casi equiva-